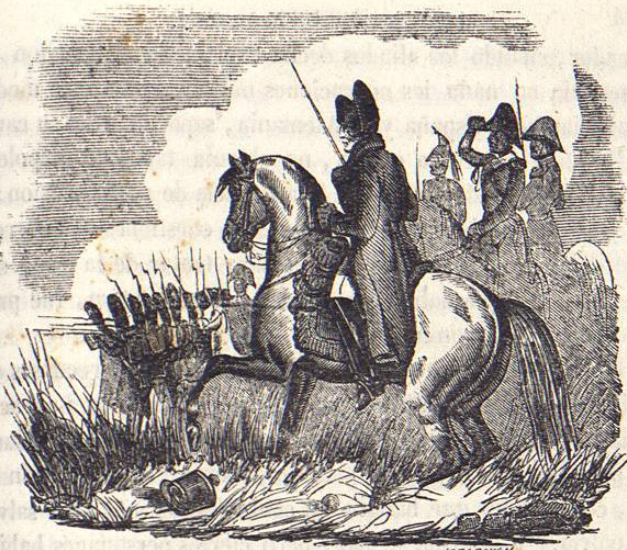


RESUMEN CRONOLOGICO.

1813.—SEGUNDA CAMPAÑA DE ALEMANIA.

DRESDE. — LEIPSICK. — HANAU.

- 10 de agosto. Rómese el armisticio de Plesswitz (4 de junio).
 15. — Proclama de Bernadotte contra el Emperador Napoleon.
 18. — Combate de Lahn (Silesia).
 21 de agosto. El Austria amenaza á la Italia. — Apertura de la campaña por el príncipe Eugenio.
 23. — Combate de Goldeberg (Silesia).
 — Combate de Gross-Beeren (Prusia).
 27-28. — Batalla de Dresde (Sajonia).
 28. — Combate de Pryná (Sajonia).
 29. — Combate de Plagwitz (Silesia).
 — Primer combate de Kalm (Bohemia).
 30. — 2.º combate de Kalm (idem).
 2 de setiembre. Combate de Krainburgo (Italia).
 4. — De Wohlenberg (Sajonia).
 6. — De Feistritz (Italia).
 — Batalla de Juterbogh ó de Dennewitz (Prusia).
 7. — Combate de Dahme (Prusia).
 8. — De Dohna (Sajonia).
 10. — De Greysberg (Sajonia).
 16. — De Peterswalde (Sajonia).
 17. — De Dolnitz (Bohemia).
 19. — De Freiburg (Sajonia).
 22. — De Bichoffswerda (Sajonia).
 26. — Primer combate de Wartenburgo (Sajonia).
 27. — Combate de Dessau (Sajonia).
 28. — 2.º combate de Freiburg (Sajonia).
 3 de octubre. 2.º combate de Wartenburgo (Sajonia).
 — Combate de Pruneken (Italia).
 10. — De Wethau (Sajonia).
 12. — De Dessau (Sajonia).
 13. — De Rescunutta (Italia).
 14. — De Wachau (Sajonia).
 15. — Rendicion de Bremen. (Bajo Elba).
 16. — Batalla de Wachau (Sajonia).
 18. — Batalla de Leipsick (Sajonia).
 30. — Batalla de Hanau (Alemania).
 31. — Combate y toma de Bassano (Italia).
 9 de noviembre. Combate de Hockheim (Alemania).
 — El Emperador regresa á Saint-Cloud.
 10. — Combate de San-Juan-de-Luz.
 — Los ingleses invaden el medio de la Francia.
 11. — Rendicion de Dresde (Sajonia).
 15. — Combate de Caldiero (Italia).
 — Senado-consulta que pone trescientos mil hombres á disposicion del gobierno.
 19. — Combate de San Martin (Italia).
 24. — Entrada de los prusianos en Amsterdam.
 26. — Combate de Ferrara (Italia).
 27. — Rendicion de Dantzick.
 3 de diciembre. Combate de Rovigo.
 5. Ocupacion de Ancona por las tropas del rey de Nápoles.
 8. — Combate de Boara (Italia).
 11. — Tratado de Valencey. — Napoleon devuelve á Fernando VII la corona de España.
 15. — Armisticio entre los rusos y los daneses. Este armisticio le quita á la Francia su último aliado.
 — Bloqueo del 13.º cuerpo mandado por Davoust, en Hamburgo.
 21. — Los de Basilea permiten el paso del Rin á 100,000 aliados.
 22. — El Emperador comunica al senado y al cuerpo legislativo los documentos relativos á las negociaciones.
 24. — Combate de Castagnaro (Italia).
 — Evacuacion de la Holanda.
 31. — Suspension del cuerpo legislativo.
 — Ginebra es entregada á los austríacos.
 — El ejército prusiano pasa el Rhin por Coblenz.



El Emperador en Arcis sur-Aube.

CAMPAÑA DE FRANCIA.

El Rhin detuvo dos meses á los ejércitos aliados: el prestigio de gloria que rodeaba nuestras armas defendia aun las fronteras francesas, pues que los batallones que habian vuelto á pisar el suelo nativo, eran demasiado numerosos para guarnecer todos los pasos.

Mientras se iban reuniendo las tropas enemigas en la orilla derecha del rio, los diplomáticos extranjeros hablaban aun de paz á Napoleon, sin duda para mejor abusar de la credulidad de los pueblos. Pretendian que abandonase la Alemania, España, Holanda é Italia, exigian, que los Alpes, los Pirineos y el Rhin, como *fronteras naturales*, formasen los límites de la Francia. Nuestros soldados acababan de evacuar la Alemania; la España habia sido devuelta á Fernando, y Napoleon, sometiéndose á la necesidad, no habia exigido del hijo de Carlos IV, mas que su neutralidad, y que, libre de la influencia francesa, no fuera á doblegar la cerviz bajo el yugo de la Inglaterra. La Holanda todavía formaba parte del grande imperio, y nuestros ejércitos ocupaban la Italia: asi, aunque era muy dolorosa la renuncia, con todo se resignó á ello el Em-

perador, cuando los aliados declararon que la negociacion no detendria en nada las operaciones militares. De este modo, renunciando la España y la Alemania, separando de su causa la Holanda y la Italia entera, no obtenia tampoco Napoleon la certidumbre de preservar á la Francia de una invasion; y mientras esperaba que resolviera estas cuestiones el congreso que debía reunirse en Châtillon, para tratar de la paz, sobre las bases que daban los aliados por *ultimatum*, fué preciso decidirse á combatir.

El Emperador, para sacar partido de todos los recursos del pais y defenderlo contra el extranjero, desplegaba una actividad admirable; pero vió con dolor que no era secundado. El cansancio de la guerra parecia general: el pueblo, con todo, comprendia que bastaba un solo esfuerzo mas para salvar la patria y conquistar la paz; pero ciertos personajes habian calculado ya cuales serian para ellos los vaivenes de una nueva revolucion, y como la caida del gobierno imperial abria á su ambicion un vasto campo, su conducta y sus discursos amortiguaban el ardor popular. Por otra parte, los antiguos compañeros de armas del general Bonaparte, la mayor parte de los generales y mariscales á quienes habia colmado de favores ansiaban el reposo, y, ó fuese mala voluntad ó cansancio causado por la edad y fatiga, se hallaban del todo faltos de vigor y actividad. El cuerpo legislativo, en fin, empezaba á ser trabajado por una oposicion hostil al mismo Napoleon. No era aquel el momento oportuno. El Emperador habló de ello con franqueza y vivacidad en la recepcion solemne que tuvo lugar despues de la disolucion de aquella asamblea. Echó en cara á sus miembros la publicidad ruidosa que habian dado á sus recriminaciones contra el gobierno, y la sencillez del lenguaje y hasta la misma trivialidad de algunas espresiones daban mucha mas fuerza á las palabras de Napoleon. Despues de haberles recordado un proverbio popular añadió:

«Habeis sido llamados para ayudarme á salvar la Francia. «Decís y haceis todo lo que se necesita para secundar al extranjero: en vez de reunirnos, nos dividís.... En una monarquía el trono y el monarca no se separan jamás.... ¿Que es «pues un trono? un pedazo de madera cubierto de púrpura:

«en el idioma político yo soy el trono.... Hablais del pueblo, «pero ¿no soy yo su primer representante? No se me puede «atacar sin atacar á la nacion. Si se comete algun abuso «¿es este el momento de echármelo en cara, cuando doscientos mil cosacos atraviesan nuestras fronteras? cuando se trata de salvar la libertad política y la independencia nacional, «es acaso el momento de disputar sobre la libertad y la seguridad individual? Vuestros ideólogos piden garantías contra «el poder: en este instante la Francia entera no me las pide «mas que contra el enemigo.»

En efecto, los aliados, despues de haber permanecido largo tiempo indecisos, se preparaban á invadir nuestras fronteras. En Paris contaban con numerosos cómplices: se les animaba á avanzar; disipábanseles sus temores, y se les patentizaba el aniquilamiento de nuestra fuerza militar, de nuestro erario y de nuestros arsenales. Y, es preciso decirlo con franqueza y energía, los hombres que hacian de tal modo traicion al Emperador y á la patria, no eran partidarios acérrimos de la antigua familia de los Borbones, gefes de la Vendée, subyugados á su pesar por los ejércitos de la República ó por los soldados del Imperio (estos alomenos hubieran podido alegar en su favor la excusa de antiguos recuerdos ó de una afeccion fanática): ministros mismos del Emperador, altos funcionarios de la casa imperial... hé aqui los traidores. Gracias al curso que tomaron los acontecimientos, pudieron despues envanecerse y honrarse de su traicion, estampando asi con sus propias manos el sello de infamia en su frente.

«Los aliados, escribe el abate de Pradt, limosnero del Emperador, á quien este habia nombrado embajador y arzobispo de Malines; los aliados, pisando un terreno nuevo para ellos, y en medio de elementos enteramente desconocidos, deseaban vivamente contraer conocimiento con personas que suponian ser las que mejor sabian el estado interior de la Francia. MM. de Talleyrand y de Dalberg eran aquellos sobre quienes habian fijado particularmente su atencion. Por cortos que fuesen mis méritos PARA PARTICIPAR DE TAL HONRA, con todo se me acordó. LLEVÓSE LA DELICADEZA HASTA TAL ESTREMO DE PROVEER PARA NUESTRA FUTURA SUER-

TE, si se hubiese hallado comprometida en los acontecimientos.

Continuaban nuestras reuniones con las personas arriba indicadas, y á menudo muchas veces al dia. En fin no hubo dia que no minásemos y procurásemos derribar el poder del Emperador, y en que no tratásemos de lo que era preciso suscitarle cuando cayese.»

Sin embargo, mientras que en el mediodia de la Francia el mariscal Soult contenia á los ingleses en el Adour, y que en Italia el príncipe Eugenio detenia á los austríacos y combatia gloriosamente en el Adige, todos los cuerpos del ejército francés, que habian quedado en el Rhin, operaban lentamente un movimiento retrógrado y de concentracion sobre Chálons en Champaña, punto que habia escogido el Emperador para base de sus primeras operaciones; conforme á sus instrucciones, dejaban los generales en las plazas fuertes á los soldados enfermos y fatigados y á los nuevos reclutas que no estaban uniformados aun; y aquellas guarniciones numerosas debian formar un ejército de reserva, que el Emperador pensaba reunir á retaguardia del enemigo luego que el momento le pareciera favorable.

Los aliados habian puesto en pie de guerra mas de un millon y doscientos mil hombres, de los cuales seiscientos mil pasaron luego el Rhin por diversos puntos, entre ellos Basilea, violando de este modo la neutralidad de la Suiza. El resto estaba encargado de la invasion de la Holanda, del bloqueo de las plazas fuertes de Alemania y de la guerra de Italia. Las tropas que invadieron la Francia formaban dos ejércitos. El ejército grande iba á las órdenes del príncipe de Schwartzenberg dividido en tres cuerpos; Blucher mandaba el ejército de Silesia dividido tambien en tres columnas, y el cuartel general de los soberanos aliados seguia al primero. Las fuerzas que el Emperador trataba de oponer á estas masas inmensas, no ascendian, sin contar las guarniciones de las plazas fuertes, á mas de ciento veinte mil hombres. Contaba con el levantamiento en masa de los pueblos, pero este no produjo los resultados que eran de esperar, y solo los pueblos invadidos ó amenazados por el ene-

migo fueron los que tomaron las armas. Napoleon tenia tambien otra esperanza, que hizo desvanecer el rey de Nápoles. Eugenio y Murat debian reunir sus fuerzas, no dejando en Italia mas que un corto número de soldados para la custodia de sus fortalezas, pasar los Alpes y cargar al enemigo por retaguardia, mientras que él le atacaria de frente. Con esta hermosa maniobra, ejecutada despues de una victoria, como la de Vauxchamps ó de Craonne, los aliados se hubieran visto precisados á repasar el Rhin, pero Napoleon renunció á ella cuando supo que solo Eugenio era el que la podia emprender.

El Emperador dió sus órdenes para que en todos los puntos de la frontera, en Holanda y en Bélgica, la defensa fuera tal como debia ser. Reorganizó la guardia nacional de Paris y recibió el juramento de los gefes, y cuando presentó estos oficiales á Maria-Luisa y al rey de Roma, les dijo: «Parto con confianza; voy á hacer la guerra al enemigo, y confio á vuestra custodia lo que mas amo en el mundo.»

En efecto, encargando la regencia á la Emperatriz y á su hermano José, partió la noche del 24 al 25 de enero, despues de haber abrazado á su muger y á su hijo por la última vez!

Los límites que nos hemos impuesto no nos permiten trazar sino sucintamente la memorable campaña de Francia, que fué digna de Napoleon. Los hombres inteligentes en el arte de la guerra han confesado, que no habia manifestado jamas, en ocasion alguna, mas actividad, mas firmeza, mas presencia de ánimo, audacia, genio en fin. Aquella hermosa campaña merecia un resultado feliz, mas desgraciadamente no encontró Napoleon en sus generales las cualidades de que tan bello ejemplo les ofrecia. Salió victorioso en todas las batallas cuyas operaciones dirigia en persona; pero la fortuna se mostró contraria muchas veces á sus tenientes.

A la llegada del Emperador á Chálons, la confianza rena- ció en el ejército. Dió orden para que los cuerpos que se habian concentrado al rededor de aquella ciudad volvieran á tomar la ofensiva y despues de haber destruido el 27 de enero,

en Saint-Dizier, una avanzada enemiga, atacó el 29 á Blucher en la hermosa posicion de Brienne y lo batió completamente. Durante la accion, el mariscal prusiano estuvo á punto de caer en poder de nuestros soldados, y un oficial del estado mayor, sobrino del príncipe de Hardenberg, ministro del rey Federico Guillermo, fué hecho prisionero á su lado.

La llegada del príncipe de Schwartzenberg con el grande ejército austríaco llevó la ventaja, tres dias despues (en la Rothière) á la parte de los aliados; y este triunfo comprado con la pérdida de mas de seis mil hombres, les consoló de la derrota de Brienne.

Se abrió por fin el congreso de Châtillon. Un enviado de la Inglaterra habia llegado al cuartel general de los soberanos aliados, y se dió á entender al plenipotenciario francés, que la Francia debia renunciar á los límites de 1800, abandonar el Rhin y los Alpes, y volver á entrar en las antiguas fronteras de 1792. Castelreagh, elevando esta petición, espuso sin duda que en el convenido reparto de la Europa, la Rusia se apoderaria de Polonia; la Prusia, de un equivalente á sus antiguas posiciones; el Austria de la Italia, y que era muy justo que se permitiéra á la Inglaterra arrancar Amberes del poder de los franceses. De este modo fueron consideradas como nulas, desde la apertura del congreso, las proposiciones anteriores que debian servir de base á las negociaciones.

El Emperador se hallaba en Nogent, cuando recibió la noticia de la mala fé de los aliados.--Blucher, despues del combate de la Rothière, se adelantaba por la Champaña, y el enemigo era dueño de Troyes y de Châlons. En el cuartel general del Emperador se habia entibiado el valor á causa de los malos principios de la campaña, y una proposicion de paz, cualquiera que fuese, parecia á los consejeros de Napoleon debia admitirse al instante. Los aliados exigian una respuesta pronta y categórica, y el Emperador, silencioso, no dejaba traslucir sus intenciones, y persistia en no dar respuesta alguna; pero el príncipe de Neufchâtel y el duque de Bassano reunieron sus instancias; le hablaron de la necesidad en que se encontraba de ceder.... Napoleon se vió forzado á explicarse. «Qué! les dijo; quereis que firme semejante tra-

«tado, hollando mi juramento! singulares contratiempos han «podido arrancarme la promesa de renunciar á mis conquistas; pero que abandone las que hicieron mis antecesores, «que viole el depósito que se me confiado; que por precio de «tantos esfuerzos, de tanta sangre, de tantas victorias, deje «la Francia mas reducida de lo que la encontré!.... Si abandono los límites del Rhin, no solo retrocede la Francia, «sino que el Austria y la Prusia se adelantan!.... La Francia «necesita paz; pero la que se le propone acarreará mas desgracias que la guerra mas encarnizada!.... Responded á Caulincourt, ya que lo deseais; pero decidle que desecho ese «tratado: prefiero correr los peligros mas rigurosos de la «guerra.» Despues de este primer desahogo, Napoleon se echó en una camilla de campaña, y el duque de Bassano se quedó á su lado; pasó una parte de la noche en pié, á su cabecera, y aprovechando un momento de mas calma, consiguió por fin el permiso de escribir al duque de Vicenza, en términos que permitian seguir la negociacion.

Kleber habia contestado á la mala fé británica con la victoria de Héliopolis. Pocos días despues de haber los soberanos aliados retirado de este modo su palabra, el Emperador, maniobrando sobre el Marne, derrotó al ejército de Blucher en cinco combates diferentes.

El once de febrero la division rusa de Olsoukief fué destrozada en Champ-Aubert, y desde entonces el ejército de Silesia se halló dividido en dos. El mismo dia Sacken y Yorck marchaban para reunirse. Sacken encontró al ejército francés en Montmirail: los rusos atacaron vigorosamente, pero su terquedad y su valor solo sirvieron para dar mas brillo á nuestra victoria. El dia siguiente en Chateau-Thierry, le tocó el turno al general Yorck. El enemigo perdió en estas tres jornadas doce banderas, cincuenta piezas de artillería y quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Blucher habia reunido los restos de Sacken y de Yorck, y llamado á sí los cuerpos de Kleist y de Langeron. Fué atacado en Vauxcamps el dia 14 y arrollado á pesar de su obstinada.

resistencia, persiguiéndole nuestra caballería hasta Étoges, perdiendo en estos dos combates diez mil hombres, diez banderas y quince piezas de artillería. En cuatro días el ejército de Silesia se encontró batido y desorganizado completamente y hubiera sido destruido del todo, si Napoleón no se hubiera visto precisado á marchar á París, que amenazaba por el lado del Sena el grande ejército aliado.

Este, desde Troyes se había dirigido á Nogent de que no pudo apoderarse, y pasó el Sena por Bray y Montereau. El Emperador se puso en Nangis al frente de sus tropas; desde el 17 volvió á tomar la ofensiva, y los combates de Nangis y de Montereau rechazaron al enemigo sobre Troyes.

El combate de Montereau, fué sangriento. El enemigo se defendía con valor contra el cuerpo del mariscal Víctor cuyo yerno, el bravo general Châteauneuf, murió en el primer ataque: pero la llegada del Emperador decidió la victoria. Napoleón se apoderó de las alturas de Surville, que dominan la confluencia del Sena y del Yonne; colocó allí en batería la artillería de la guardia que bien pronto ametralló á los wurtembergeses en Montereau. El Emperador en persona dirigía las piezas, y ordenaba las descargas; la artillería enemiga hacia vanos esfuerzos para apagar nuestros fuegos: sus balas surcaban el terreno de Surville; ya los soldados murmuraban que Napoleón, cediendo á los atractivos de su primera arma, quedase espuesto de aquel modo á los tiros del enemigo: hasta osaron, con cierta rudeza, esponerle sus temores, y entonces fué cuando pronunció con viveza aquellas palabras de que tan bien se acuerdan los artilleros del ejército: «Dejadme, amigos míos, no temáis nada: la bala que ha de matarme no está fundida aun.»

Pero mientras estos triunfos reanimaban á nuestros soldados, y redoblaban el valor de los campesinos y el de los jóvenes oficiales: el Emperador notaba con inquietud que ni un rayo de esperanza penetraba en el corazón de la mayor parte de los gefes del ejército, y bajo el velo de su prudencia ocultaban un desaliento completo.

«Ha de quejarse de los mas valientes!... en el combate de Nangis no se ejecutó un movimiento de caballería que hubiera

sido fatal á los bávaros, y esta falta se achaca á un general conocido por su intrepidez, el general Héritier. La noche última nos ha sorprendido el enemigo en el bravo general Guyot, comandante de los cazadores de á caballo de la guardia; en Surville, en el momento mas acalorado de la acción, las baterías se han hallado desprovistas de municiones; y esta negligencia, que es un crimen segun las leyes rigurosas de la artillería, parece que recae sobre uno de nuestros mas distinguidos oficiales de artillería, el general Digeon. El bosque de Fontainebleau acaba de ser abandonado sin resistencia á los cosacos: y Montbrun es á quien se acusa de no haber sacado ventaja alguna de posición semejante y de tales adversarios! En fin, quizás no hubiera sido necesario el combate de Montereau y se hubiera economizado tanta sangre, si la víspera á marchas forzadas se hubiese sorprendido el puente; pero la fatiga lo impidió; y aquel que tiene la desgracia de alegar esta causa es el duque de Beluno, en otro tiempo el infatigable Víctor!...»

El Emperador, desde Montereau, marchó á Troyes, y en el camino, M. de Saint-Aignan, que había sido enviado de París, le comunicó la noticia de que todas sus victorias no habían sido bastantes para asegurar la capital. Es verdad residía en París el comité, que se honraba con sus relaciones con el enemigo, y que nada había descuidado para descarriar los sentimientos del pueblo. M. de Saint-Aignan, encargado de dar á conocer al Emperador la opinión de los altos funcionarios que poseían su confianza, no perdenó medio para darle á entender que en el actual estado de los negocios, era preciso sacrificarlo todo á la conclusión de la paz. «Señor, dijo; «la paz cuanto mas pronta, mejor.»—«Si es vergonzosa, «siempre llegará harto pronto, respondió Napoleón.» Su frente se obscureció, M. de Saint-Aignan fué despedido bruscamente, y luego se repitieron estas últimas palabras. Montóse á caballo y cada uno siguió en silencio el camino de Troyes.

Los austríacos evacuaron la ciudad al acercarse el Emperador, y pronto noticias en extremo desagradables llegaron al cuartel general de los soberanos aliados: súpose que el virey había ganado la batalla del Mincio, y rechazado el ejército